

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

PRIMERA MEDITACIÓN

a) AGONÍA DE JESÚS EN GETSEMANÍ

Jesús empezó a sufrir su pasión en Getsemaní. Allí se le presentó al vivo con todos sus detalles: con sus sufrimientos físicos, con sus profundas humillaciones o tremendas bofetadas a su honor y con sus fuertes punzadas en el corazón.

1. La llegada al huerto.

Salieron del cenáculo Jesús y los apóstoles. Era ya de noche. Atraviesan las calles de Jerusalén oscuras y desiertas. Bajan al fondo del valle de Josafat por donde corría el torrente Cedrón.

Los apóstoles van tristes. Son muy fuertes los motivos que tienen de tristeza. El Maestro se va y los deja. Ha tenido con ellos una despedida emocionante. Ha empleado las palabras más tiernas, que nunca habían escuchado de sus labios: hijos, hijitos míos... Caminan tristes, y además de tristes, temerosos. El Maestro les acaba de profetizar que se avecina una gran tormenta, aunque no aciertan a comprender lo que sucederá. Saben que entre ellos hay un traidor. Además, el Maestro por el camino se lo dice claramente: que todos ellos se escandalizarán; que herirán al pastor y se dispersarán las ovejas y que el mismo Pedro lo negará.

Y llegaron a Getsemaní. Había una cueva de refugio, y más allá un huerto cerrado por un muro de toscas piedras. Esta finca estaba situada al pie del monte de los olivos. Getsemaní pertenecía a un amigo y discípulo de Jesús. Por eso Jesús con los suyos tenía entrada franca en el huerto. Y por eso también, dice San Juan, que Judas conocía el sitio porque muchas veces se reunía allí Jesús con sus discípulos para orar y descansar.

2. Agonía de su alma...

Jesús dejó ocho discípulos al abrigo de una gruta situada en frente del huerto y con los otros tres -Pedro, Juan y Santiago-, penetró en él. Quería que el espectáculo de su angustia mortal fuera sólo presenciado por sus tres más íntimos, que habían contemplado su gloria en el Tabor.

Y les dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte». Dos sentidos tiene esta frase. El primero: Mi alma está triste y lo seguirá estando cada vez más, hasta que le llegue la muerte. El segundo sentido es más intensivo que cronológico, pero más del agrado de los santos Padres: Mi alma está triste, tan triste, que su misma tristeza es capaz de causarle la muerte. ¿Cuáles eran las causas de esta tristeza tan profunda?

El Señor se puso en agonía, que significa «lucha». Una lucha contra los elementos, que maneja la muerte y en la que ésta sale siempre victoriosa. La agonía de Jesús en

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

el huerto fue una lucha con los sufrimientos morales, que le asaltaron, capaces de darle la muerte.

Jesús sintió pavor, que es el temor en sumo grado. Se le representaron al vivo todos los terribles sufrimientos físicos con todo su detalle: el prendimiento, las bofetadas, los salivazos, la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión... Y Jesús siente un miedo pavoroso, como un reo ante la horca que le espera.

Siente, además, tedio, hastío, esa desazón, que se pone en el alma y que hace la vida insoportable. Y es que Jesús se vio cubierto de pies a cabeza, como con un manto de ignominia, de todas nuestras culpas e iniquidades: blasfemias, fornicaciones, adulterios, herejías, asesinatos y maldades de todo género.

Se vio Jesús como asfixiado, remando en una cloaca, adonde fueran a parar todas las inmundicias de una gran ciudad. Sin tener pecado, como dice San Pablo, se vio a sí mismo como pecado por nosotros, de quien su Padre apartaba la vista, lleno de asco. Y esto le produjo una repugnancia insoportable en forma de hastío o tedio de la vida.

Pero las tristezas de Jesús no tienen límite y van en aumento. Su madre, los discípulos, el traidor, el poco fruto que recogerá de la pasión a pesar de lo mucho que va a sufrir. Judas se ahorca y el mal ladrón a un metro de la cruz se desespera. Las almas seguirán cayendo en el infierno. ¡Qué dolores más tremendos para el corazón de Jesucristo!

3. La oración de Jesús.

Se retiró Jesús de sus apóstoles más íntimos, como un tiro de piedra, y se puso a orar a su eterno Padre. La noche estaba serena y el cielo despejado, como suelen estar en Palestina. La luna iluminaba y sombreaba el paisaje. A esta distancia relativamente corta, los tres apóstoles podían observar plenamente la actitud de su Maestro y hasta escuchar los gemidos de su oración.

Jesús se puso primero de rodillas. Después, a medida que fue creciendo el fervor de la oración, se inclinaba más y más hasta pegar su rostro con el suelo. Actitud reverente. Quería enseñarnos la reverencia, que es el respeto ante la grandeza ajena, que debemos tener en nuestro trato con Dios.

Actitud humilde. Con el rostro inclinado y hundido en tierra, como si estuviera avergonzado y no se atreviera a levantar los ojos al cielo.

Oración confiada. Lo llama «Padre» y le dice que, si es posible, que pase de él aquel cáliz amargo, pero que no se haga su voluntad, sino la del Padre.

Oración perseverante, porque oró una, dos y tres veces por espacio de una hora cada vez. Y, «puesto en agonía, oró con más instancia», es decir, con el alma hecha polvo, moralmente destrozado.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Jesús viene a sus apóstoles entre oración y oración y los encuentra dormidos. Las dos primeras veces los anima a vigilar y orar. La tercera vez les dice: «Dormid y descansad...». Hay en estas palabras ironía y reproche. Como si dijera: Dormid ya y descansad, si es que podéis ante la tormenta que se os echa encima. Ironía y reproche sin amargura, sino más bien, con infinita compasión, porque se acercaban ya el traidor y los soldados a prenderlo.

El Señor en su agonía sudó sangre. Lo dice San Lucas, que era médico y reparó en este detalle. «Y sudó gotas de sangre, que corrían hasta la tierra». Tremenda y extrema angustia tenía Señor.

4. Conclusión.

Nos encontramos ante el gran misterio de la pasión del Señor. Que su cuerpo pasará por todos los tormentos y sufrimientos imaginables.

Pero que en su alma, unida a la Divinidad y gozando como un bienaventurado de la visión beatífica de Dios, entrara el sufrimiento moral, es algo que no podemos explicarnos. Una explicación es el estado de las almas místicas como Santa Teresa. Sienten estas almas un deseo insaciable de ver y gozar de Dios, que les produce una dicha inefable, mezclada con tormentos indecibles. Otra explicación es la situación de las almas en el Purgatorio. Sienten estas almas la certeza de salvarse, pero al mismo tiempo ahora sufren las torturas del fuego purificador.

El secreto de este misterio es el amor infinito de Jesús, que permitió a sus verdugos que le atormentaran su cuerpo de mil maneras. El abandono del Padre, la Divinidad que se esconde, empieza en Getsemaní, sigue y se deja sentir intensamente en toda la pasión y Jesús lo manifiesta al final, cuando está ya para morir en la cruz.

Cuando te veas en tu cuerpo acibillado y asaeteado por la enfermedad y con tu alma rota y martirizada, ora como Jesús oró en Getsemaní.

b) LA TRIPLE PASIÓN

Se pregunta Santo Tomás si algún hombre pudo sufrir tanto como Jesús y se responde que en cierto sentido, que sí. Pero «commulative», esto es, acumulándose en un hombre tantos sufrimientos de cuerpo de alma y de corazón, imposible que haya un hombre en el mundo, que padeciera tanto como Cristo en su pasión y muerte.

1. La pasión del cuerpo.

Es lo que a nosotros más nos impresiona.

Son tres los tormentos principales: la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión. Vamos a fijarnos sólo en la primera, en la flagelación.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Tormento dolorosísimo. Se aplicaba a los reos con el azote o *flagrum* romano, que era un manojo de cuerdas terminadas en los extremos en huesecillos o bolitas de plomo, que, al caer sobre las carnes de la víctima, se clavaban, y al retirarlas, rasgaban, agujereaban, taladraban, llevándose trozos de piel y de carne.

Tormento vergonzoso. Jesús apareció desnudo en la plaza del Pretorio, a pleno día y delante de tanta gente.

Tormento ignominioso. Semejante tormento no se aplicaba jamás a un ciudadano romano, sino a los ladrones, a los asesinos, a los esclavos, a la gente de más baja ralea, que había en la sociedad.

Este tormento fue más doloroso todavía por las siguientes circunstancias: el ser su cuerpo virginal, extremadamente sensible a las punzadas del dolor; el dar Pilato órdenes secretas a los flageladores para que lo azotasen sin piedad, a fin de que inspirase lástima y compasión a la fiera judía, que se mostraba insaciable; el ser los flageladores instrumentos del mismo Satanás, que trataba de hacerle desesperar en el sufrimiento.

¿Por qué quiso sufrir Jesús en su propia carne con tanto dolor, vergüenza e ignominia? Para expiar las impurezas e infamias carnales de los hombres; para animarme en mis enfermedades físicas y para dar fortaleza a los futuros mártires. Sabía el divino flagelado que algún día sus discípulos serían arrojados en calderas de aceite hirviendo, o tendidos en el potro donde, centímetro o centímetro y tirando en dirección contraria por medio de un sistema de cuerdas y de poleas, descoyuntarían sus huesos. Sabía también que serían arrojados a las fieras en los anfiteatros romanos y, untados de aceita, arderían como luminarias en los jardines del emperador Nerón.

Tenía que ir delante Jesucristo para servir de ejemplo.

2. La pasión de su alma.

Son sus afrentas y humillaciones.

Hay unas humillaciones privadas, que no narran los evangelios, pero que podemos leer entre líneas. Por ejemplo, el prendimiento en el Huerto. No lo harían con suavidad ni con miramientos, sino que el uno le pone la manaza encima, el otro le da un puntapié, un tercero le arranca los pelos de la barba...

Humillaciones públicas, las de los tribunales. Ante Caifás. Este es el hombre de mala entraña: «Conviene que un hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nación». Es un hipócrita, que rasga sus vestiduras en señal de profundísimo dolor por la blasfemia, que acaba de escuchar y se alegra interiormente porque así no necesitaba de testigos para condenarle. ¡Qué humillación la de Jesús: aparecer maniatado y vencido ante este hombre! Y qué humillación condenarlo por blasfemo a Él que era el Hijo de Dios, amañando un proceso de noche y con testigos falsos.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Ante Pilato. Este es el hombre cobarde, que dice: no quiero líos. ¿Es nazareno? Pues a Herodes con Él. Es el hombre de la componenda: ¿A quién queréis que os suelte, a éste o a Barrabás? Es el hombre del favoritismo: «Si sueltas a éste, no eres amigo del César». Qué humillación para Jesús el seguir este hombre reconociendo su inocencia, pero mandándole azotar y crucificar. «Y yo me lavo las manos». Las mayores injusticias las sufrió Jesús ante Pilato.

Ante Herodes. El hombre sensual y lujurioso, que quiso divertirse a costa de Jesús, que ni siquiera tiene voluntad para enfadarse y por eso le desprecia. ¡Qué humillación para Jesús entrar en aquella casa de lujuria y adulterio! Y qué humillación, siendo Él la sabiduría infinita, ser tenido por tonto, por el hazme reír de aquella concurrencia.

Humillaciones definitivas, como el gran fracaso de la cruz, y aparecer como el maldito de Dios según aquella frase de la Escritura: «Maldito todo el que cuelga de un madero» - Deuteronomio 21:22-23.

3. Pasión del corazón.

Son los alfilerazos, que recibió Jesús en su pasión. Acaso pudo ser esta la más dolorosa de todas sus pasiones.

La traición de Judas. Qué dolor para el corazón de Cristo. Fue este dolor como una zancadilla, una puñalada por la espalda. Hay que pasar por un trance semejante para entenderlo.

La apostasía de San Pedro. Este fue un dolor, que punzó el corazón de Jesús, mucho más grande que todo el odio de los enemigos y más doloroso que la misma traición de Judas.

El abandono de los apóstoles. «Y todos, abandonándole, huyeron». Salvo Juan, ninguno de ellos compareció por el calvario la tarde del Viernes Santo.

La ingratitud del pueblo judío: «Crucifícalo, crucifícalo... No tenemos más rey que al César... Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos...». Un pueblo, que cantaba durante siglos: «Ven, Señor, y no tardes... Ven a salvarnos, ven a redimirnos... Que las nubes lluevan al justo... Ábrase la tierra y germine al Salvador... Bendito el que viene en nombre del Señor...». Qué contraste y qué negra ingratitud por parte de los judíos.

El abandono del Padre. Un misterio. No le abandonó nunca la Divinidad según aquel principio teológico: «Lo que la Divinidad asumió nunca lo abandonó». Jesús estaba rezando el salmo 21, profecía de su Pasión. Lo dijo Jesús para que supiéramos un poco de este inmensísimo dolor.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

4. Conclusión y resoluciones.

Penitencia y penitencia. Nada de contemplaciones con mi cuerpo «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre», como decía San Pablo. Ningún miedo a la penitencia corporal, pero prudencia. Someter mis penitencias al juicio del confesor.

Humillaciones. Sumergirse en ellas. Es el camino secreto de toda santidad. Ante las humillaciones preguntarse siempre: ¿mis humillaciones, o son justas o injustas? Si son justas, no quejarme, porque justamente sufro aquello que merezco. Y, si son injustas, tampoco quejarme, porque entonces ¿cuándo quiero parecerme a Jesucristo?

Dolores del corazón. Vengan todos los que Jesús quiera para parecerme a Él: traiciones, abandonos, soledades, marginaciones, ingratitud humana, dolor íntimo del alma y aparente abandono de Dios..., lo que sea. Venga, Señor, todo lo que quieras, que Tú sufriste más por mí... Quiero ahora darte consuelo por todo el odio que te dieron tus enemigos y por el abandono, traición y desamparo en los que te dejaron tus amigos...

c) EL MISTERIO PASCUAL

El misterio pascual es el misterio central en la economía de la salvación.

1. Qué es el misterio pascual.

La palabra “misterio” tiene dos significados en la Escritura.

Uno es el de cosa oculta, verdaderamente desconocida. Esa cosa oculta y verdad desconocida a la generalidad de los hombres, la puede Dios revelar a algunas personas. Así dijo Jesús a sus discípulos: «A vosotros se os ha concedido conocer el misterio del Reino de Dios» -Mateo 4, 11.

Otro significado de la palabra «misterio» es el designio divino, escondido en Dios durante siglos y que en un momento se hizo patente y operante en Cristo, como dice San Pablo en Efesios 1, 9 y 3, 9.

San Pablo VI da un paso más y pregunta: ¿Por qué este misterio se asoció habitualmente al adjetivo «pascual»? La experiencia fundante de la fe de Israel, fue el prodigio del «Paso» del Mar Rojo: de la esclavitud a la libertad, de ahí el adjetivo «pascual». Eso fue profecía de la nueva liberación en Cristo: del pecado a la gracia. El Misterio de la Salvación se realizó mediante la cruz y se perpetúa mediante el sacrificio de la Eucaristía. Eucaristía, Pasión, Resurrección, Ascensión, Glorificación... son la Pascua Salvadora cumplida por Jesús. «Cristo inmolado es nuestra pascua, nuestro liberador y salvador», como dice San Pablo en 1 Corintios 5, 7. El misterio pascual no es otra cosa que la Redención, que tiene su punto focal en la muerte y en la glorificación de Jesucristo.

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

Así pues, misterio pascual en sentido amplio abarca toda la obra de la Redención, desde que sale del Padre para venir al mundo hasta la consumación de los siglos.

2. El misterio pascual es cruz y gloria.

Es nota característica del misterio pascual la unión que existe entre la muerte y la resurrección, entre la cruz y la gloria. En Jesucristo la muerte y la resurrección están inseparablemente unidas, de manera que no existiría resurrección sin muerte.

Pero, además, existe entre ambas una vinculación más íntima que la mera sucesión de los hechos. Esta vinculación la realiza el amor de Jesucristo a los hombres. Fue el amor, quien le impulsó a morir para destruir en el hombre la muerte del pecado; y fue el amor a los hombres, quien le movió a resucitar para hacer partícipes a los hombres de su vida gloriosa.

El amor de Cristo se manifiesta en el misterio pascual: murió por mí y resucitó por mí. Aunque la cruz y la gloria estén inseparablemente unidos en el misterio pascual, es necesario tener en cuenta que no están las dos en el mismo plano. La gloria es el fin, la cruz es el medio de conseguir ese fin. No se puede separar la una de la otra. No se puede omitir la pasión y meditar únicamente la vida gloriosa. Y, al revés, no se debe contentar el ejercitante con meditar la pasión dejando a un lado la resurrección y vida gloriosa. Quien hiciera esta separación no vivirá el misterio pascual. El camino para participar en la gloria de Jesús resucitado, es unirse a sus padecimientos y a su muerte. Los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo tienen que asemejarse a la Cabeza.

3. Vivir el misterio pascual.

El misterio pascual no es solo un hecho histórico, que tuvo lugar cuando Cristo murió, resucitó y subió a los cielos. Se extiende y afecta a toda la historia, y se actualiza en cada momento de esta misma historia. Dios es el eterno presente.

Participar en el misterio pascual no es otra cosa que ponernos en comunicación real con Cristo, morir con Él, resucitar con Él.

¿Cómo es la muerte del hombre en el misterio pascual? Es morir al pecado. Es arrancar del alma el pecado mortal, que la tiene privada de la vida de la Gracia, de la vida divina, que nos ha merecido Jesucristo y mana de Él.

Muerto el pecado en el alma, brota en ella la vida sobrenatural. Se ha verificado en ella una muerte y una resurrección. Y esto con Cristo, porque murió en la cruz para que los hombres resucitaran a una vida nueva, la vida de la Gracia. Esta muerte y esta resurrección se realizan uniéndose el cristiano a Cristo, incorporándose a Él, como los sarmientos a la cepa, como los miembros del cuerpo a la cabeza.

Vivir el misterio pascual con más perfección es morir a nosotros mismos, morir al propio yo, para que viva Cristo en mí, según aquellas palabras del apóstol: «Con Cristo

Cuarto día – DÍA DE FORTALEZA

estoy crucificado, y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí. La vida, que vivo al presente en la carne, la viví en la fe del Hijo, del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» -Gálatas 2,19.

Morir el cristiano a sí mismo es estar crucificado con Cristo. ¿Cómo está Jesús en la cruz? Está pobre, despojado de todo. Está llagado de pies a cabeza, dolorido. Está saturado de oprobios. Y todo por obediencia al eterno Padre.

Muere el hombre a sí mismo cuando destruye su codicia, que ambiciona todos los bienes materiales. Muere a sí mismo cuando frena la sensualidad y sacrifica los placeres ilícitos, que el cuerpo reclama con avidez. Muere a si mismo cuando ahoga su soberbia, que se resiste a obedecer y pretende mandar e imponerse para que todos le obedezcan. No obedece a Dios ni a los representantes de Dios.

A medida que va aplacando y dominando estas pasiones, estas tendencias, estos afectos desordenados, el hombre va muriendo a sí mismo y se une más íntimamente con Jesús y participa de su vida, de la vida divina, que comunica Jesucristo. Cuando haya muerto al propio yo dirá lo de San Pablo: «Es Cristo quien vive en mí». Esto pretendió Jesús al morir por todos: «Murió por todos, para que los que viven no vivan para sí, sino para Aquel que vivió y murió por ellos».

4. Conclusión y resoluciones.

En los ejercicios espirituales bien practicados, el ejercitante vive con perfección el misterio pascual y se dispone para seguir viviéndolo después.

Comienza la experiencia del misterio pascual desde los primeros días, desde que brota en el alma el acto de arrepentimiento del pecado con el deseo de arrancar las raíces de él: afecciones desordenadas al mundo, al pecado y a nosotros mismos.

Se intensifica la experiencia cuando el alma se ofrece a imitar a Jesucristo en la pobreza, humildad, a participar con Él en la pena para compartir su gloria.

Culmina esta asimilación en las tres maneras de humildad, cuando el alma desea pobreza y humillaciones más que riquezas y honor por más asemejarse completamente a Jesucristo.

Y los últimos días, dedicados a la contemplación de la pasión y resurrección de Jesucristo, son una vivencia íntima del misterio pascual en su sentido propio de muerte, resurrección y ascensión a los cielos.

La reforma de vida, que ha debido hacer el ejercitante, habrá sido una muerte al pecado, a las inclinaciones desordenadas de la naturaleza y a los atractivos del mundo. Es decir, que la finalidad de los dos últimos días de ejercicios es ésta: aprender a morir con Cristo para ser glorificado con Él.